

desataron una nueva rosa de los vientos y nuestro Huidobro es el primer americano que mira donde va la flecha, siente crecer la rosa en sus propias manos» (página 105).

Cada capítulo o ensayo del libro está encabezado con una página con ilustraciones, en su mayoría fotografías de documentos que se discuten en el texto. Así observamos la portada del número de la revista *Musa Joven* en donde apareció el artículo de Huidobro sobre Darío, las de las dos ediciones de *El espejo de agua*, o el facsímil de una prueba de imprenta de Reverdy con una dedicatoria autógrafa a Huidobro. Estas ilustraciones no son puramente ornamentales sino que enfatizan el método crítico empleado en los estudios cuyas conclusiones se obtienen sobre la base de una información debidamente documentada.

En suma, esta colección constituye una obra provechosa y de necesaria consulta para los estudiosos huidobrianos.

MIREYA CAMURATI

*State University of New York at Buffalo.*

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, *Crónica de una muerte anunciada*. (Novela.) Barcelona: Bruguera (Ediciones de Hoy), 1981.

Después de seis años de intensa labor periodística por los caminos del compromiso político y a los seis años del discutido triunfo de *El otoño del patriarca* (1975), ha vuelto ahora García Márquez por lo caminos de la narrativa con *Crónica de una muerte anunciada*, aparecida simultáneamente en Madrid, Buenos Aires, México y Bogotá, en un alarde de sincronización publicitaria con pocos antecedentes en el mundo del libro hispanoamericano, incluso del llamado *boom*.

Un enfoque crítico preliminar de la obra revelaría tres aspectos claramente discernibles en la manera en que el autor nos hace entrega de su *Crónica*: 1) puede verse como un acuciante y logrado *reportaje* sobre un episodio insólito pero no por ello menos real; 2) como algo extrañamente emparentado con lo *profético* incurtado en la cornisa de un tiempo que a modo de guadaña sólo espera su caída irreversible, el «tiempo cero» del vencimiento cuando la cuerda se acabe. Se dan aquí, en esta segunda perspectiva, encuentros innumerables y cruces permanentes entre la línea recta de lo que podría llamarse «fatalidad» y las circunstancias salvadoras que hipotéticamente hubiesen podido torcer el rumbo del cronometraje fatídico. Con la lectura progresiva también crece la ansiedad en el lector, agrandada por la más absoluta sensación de impotencia ante lo inevitable; 3) y finalmente podría verse como un *recuento* (en el acto de lectura del texto) a través del cual el autor hace que el lector reviva y actualice una sentencia que aunque ya cumplida no ha perdido un ápice de su naturaleza fascinante y emotiva.

Mediante la técnica del *reportaje*, la obra adquiere su doble cara de novela y crónica periodística, efectuadas por un narrador que utilizando su YO personal, entra y sale de sus páginas en virtud de su papel dual de investigador (reconstructor de los hechos muchos años después de que éstos se hubieran consumado) y de testigo partícipe cuando aquellos acontecimientos se estaban desenvolviendo. Valiéndose de la *profecía*, todo lo allí contenido adquiere cierto carácter de fatalidad irrevocable en el instante en que la recién desposada es devuelta a casa de sus padres por un marido ofendido en su honra, la misma noche de la suntuosa boda, implícitamente acusada de «no ser virgen» y quien, para salirle al paso a la única

pregunta de sus dos hermanos gemelos encargados del honor de la familia, al pronunciar ésta el nombre de un varón del pueblo, por razones evidentemente claras para ella pero ambiguas para el lector, le condena *ipso facto* a muerte. El autor registra este acto de condena en términos predestinatorios al decir: «...entre los tantos y tantos nombres confundibles de este mundo y del otro, lo dejó clavado en la pared con su dardo certero, como a una mariposa sin albedrío cuya sentencia estaba escrita desde siempre. —Santiago Nasar— dijo» (p. 78). A través del *recuento* el autor hace que el lector reviva los pormenores de aquel cruento ajuste de cuentas con un destino a todas luces «torcido» y que trae a la memoria aquellos gemelos Buendía de «destino equivocado en la vida y en la muerte» de *Cien años de soledad*, cuando la víctima —Santiago— apenas empezaba a hacer sus primeras armas frente a la vida, sin sospechar la súbita coartada de su trágico destino.

En *Crónica de una muerte anunciada* García Márquez supera y también suplanta el legendario Macondo de su producción anterior por un Aracataca de la geografía real, demarcable, junto a un mar Caribe mágico, sorprendente, siempre dispuesto a la hipérbole y por cuyo río llega la novedad y el cambio sin que falten aquí los tonos consabidos de humor y lirismo rayanos en el absurdo tales como las sopas de crestas de gallo para el obispo, el bramido del pito del buque, las fiebres crepusculares de la hermana de la novia, la búsqueda obsesionante de «mujer para casarse» en Bayardo San Román, el personaje contrapuesto, y que le emparentan con la trunca estirpe de los Buendía de las «empresas delirantes» obsesionados por «hacer para deshacer», etc.

Junto a Santiago Nasar, surgen como protagonistas contrapuestos más que antagonistas, aquella pareja inverosímil formada por Bayardo San Román y Angela Vicario, seres igualmente predestinados, sobre quienes se podría entablar el tradicional triángulo amoroso, excepto que irónicamente aquí están atados por el hilo misterioso de la tragedia de tres seres marcados por la desdicha más bien que por la complicidad del amor.

La cronología de los hechos exige del novelista cierta maestría encomiable para que dentro de un marco temporal que podría extenderse hasta los seis meses, va gradualmente reduciéndose e intensificándose hasta una hora (de seis a siete de la mañana), de un «lunes aciago» (como los «eternos lunes» del cuarto de Melquiades), después de un fin de semana de boda y fiestas interminables que súbitamente se metamorfosearían en tragedia. El lector, llevado de la mano por el narrador-testigo, revive junto a él, en un acto de catarsis individual impuesta por el texto cada vez más riguroso y apremiante a medida que aumenta el tempo-tiempo del reportaje que llama a su fin, toda la sinrazón de un POR QUE inescrutable y herético que sólo deja en el ánimo la PERPLEJIDAD como única respuesta posible, frente a una encrucijada del destino imprevisible y caprichoso que también llevaría al anónimo juez instructor del sumario a anotar marginalmente: «La fatalidad nos hace invisibles» (p. 180).

*Crónica de una muerte anunciada* llega a ser la simbiosis lograda del periodista-novelistas después de tantos éxitos sonados pero aislados en cada una de estas dos modalidades literarias aquí magistralmente aunadas.

GERMÁN D. CARRILLO

Marquette University.